DOS NOTAS PARA EL QUIJOTE

1. DE DONCELLA A DUEÑA (DQ, I,28)

Como es bien sabido, los libros de caballerías y especialmente el *Amadís de Gaula* tienen una decisiva importancia en la génesis del *Quijote*, sobre todo en su primera aparición de 1605. Martín de Riquer, gran especialista en el tema, ha dicho a este respecto la última palabra y con total exactitud: «Es bien cierto que el crítico e incluso el lector con sentido histórico y literario necesita conocer los libros de caballerías para penetrar en ciertos aspectos del *Quijote*; pero también lo es que el *Quijote*, parodia literaria, llega con su gran carga de valores a aquellos lectores que desconocen totalmente lo parodiado. La inmensa mayoría de los entusiastas de Cervantes, que son muchos, no han leído ni un solo libro de caballerías, y a pesar de ello no han dejado de disfrutar frente a las páginas del *Quijote*»¹.

Fue Clemencín, el primero y uno de los más concienzudos y meritorios comentaristas del *Quijote*, quien reparó en la necesidad de estudiar atentamente los libros de caballerías para ilustrar con mayor lucidez las páginas de la parodia cervantina del género. No creo que ninguno de los sucesores en la exégesis de *Don Quijote* haya dedicado mayor atención a este aspecto. Quedan anticuadas las observaciones gramaticales y lingüísticas de Clemencín sobre el texto cervantino, así como algunas de sus objeciones estilísticas o de doctrina literaria, a propósito de pasajes o situaciones concretas; pero su erudición en materia caballeresca man-

¹ Vid. *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, by Daniel Eisenberg... With a *Proemio* by Martín de Riquer... Newark, Delaware, Juan de la Cuesta-Hispanic Monographs, 1982, p. vii.

tiene su validez y es utilizada por los comentaristas de nuestros días, aunque reduciendo su amplitud.

No obstante, quiero hoy anotar un pasaje del *Amadís*, que pudo inspirar a Cervantes directamente en su primer *Quijote* y parece que pasó inadvertido al insigne don Diego. Se encuentra casi al comienzo de la obra y cuenta de manera novelesca las circunstancias en que fue concebido el propio héroe Amadís, hijo oculto del rey Perión de Gaula y de la infanta Elisena. Sirvió de eficaz mediadora la *doncella* Darioleta, que llevó a la infanta, en la oscuridad sigilosa de la noche, hasta la cama donde dormía descuidado el rey. Darioleta dejó a la infanta en los brazos de Perión “y salióse a la huerta”,

«donde aquella que tanto tiempo con tanta fermosura y juventud demandada de tantos príncipes y grandes hombres se avía defendido, quedando con *libertad de donzella*, en poco más de un día, cuando el su pensamiento más de aquello apartado y desviado estava, el cual amor rompiendo aquellas fuertes ataduras de su honesta y sancta vida gela fizo perder, quedando de allí adelante *dueña*»².

A mi juicio, ésta es la fuente literaria del pasaje del *Quijote* en que Dorotea cuenta al cura, al barbero y a Cardenio, el trance en que fue seducida por don Fernando con promesas de matrimonio. Solo que Cervantes ha hecho que el lance sea explicado por la misma Dorotea en términos de una concisión precisa y elegante:

«apretóme más entre sus brazos, de los cuales jamás me había dejado, y con esto, y con volverse a *salir del aposento mi doncella*, yo *dejé de serlo*, y él acabó de ser traidor y fementido»³.

La situación es idéntica, si bien en el *Amadís* llevan la iniciativa las dos mujeres ante el rey Perión, que dormía a pierna suelta; en el *Quijote*, se presenta a don Fernando como el joven aristócrata mujeriego y encaprichado de su vasalla Dorotea. Pero en los dos casos la *doncella* tiene el mismo papel de alcahueta, que procura poner a su señora en los brazos del amante varón.

² Vid. GARCI RODRÍGUEZ DE MONTALVO, *Amadís de Gaula*, edición de Juan Manuel Cacho Blecua. Madrid, Cátedra, 2.ª ed. 1991, t. I, p. 240. Desde luego, los subrayados son míos.

En nuestra *Bibliografía Cervantina*, núm. 2.994 damos cuenta de la reciente aparición de otras dos valiosas ediciones del *Amadís*: la del insigne especialista Avalue-Arce (Madrid, Espasa-Calpe, 1991, 2 vols.) y la de los profesores Victoria Cirlot y José Enrique Ruiz Doménec (Barcelona, Planeta, 1991).

³ Vid. *Don Quijote de la Mancha* (I,28). Cito según la excelente edición crítica de Vicente Gaos (Madrid, Gredos, 1987, t. I, p. 579).

En cuanto a la expresión, Cervantes ha mejorado extraordinariamente a su modelo. Ha concentrado e intensificado la atrevida significación de la frase, mediante el empleo de un hábil zeugma asociado a la disemia de la palabra *doncella* (criada y mujer virgen). También ha reducido notablemente la longitud de una digresión moralizadora que sigue en el texto del *Amadís* para prevenir a las mujeres acerca de los peligros a que se expone su honra de no guardarse con la honestidad y el recato debidos. De todo ello hay ecos moderados en el extenso discurso que Cervantes pone en boca de Dorotea.

Clemencín, que anotó cuidadosamente el capítulo de referencia, insiste en torno al «lenguaje desaliñado», régimen impropio de varias preposiciones, «discurso lánguido y embarazado»... sin alusión a ningún paralelo del escabroso pasaje en los libros de caballerías. Solamente trae a cuento un posible antecedente para el comienzo del capítulo, cuando el cura y el barbero sorprenden a Dorotea, vestida de labrador, lavándose los pies «en el arroyo que por allí corría». Para Clemencín, «la situación de nuestra futura Princesa Micomicona recuerda la de Niquea, cuando sentada en la orilla de una fuente se lamentaba de su fortuna», hasta que el príncipe Anastarax, que pasaba por allí casualmente, descabalgó y acude junto a ella para hablarle «en los términos que cuenta la crónica de *Amadís de Grecia*, parte II, cap. XXIX»⁴. Sin menoscabo de este lejano parentesco, me parece más próxima la relación del aducido pasaje de *Amadís de Gaula* con la conflictiva pérdida de la doncellez lamentada por Dorotea en su relato autobiográfico.

En las ediciones más autorizadas del Quijote que he consultado (Martín de Riquer, Allen, Avallé-Arce, Murillo) no se concede mayor atención a este pasaje. Avallé-Arce, Murillo y Vicente Gaos anotan la particularidad estilística del zeugma utilizado por Cervantes en el consabido párrafo. Martín de Riquer, Murillo y Vicente Gaos también llaman la atención sobre el amplio pasaje del capítulo 28 censurado por la Inquisición portuguesa en 1624; dentro del cual figuraba, por supuesto, la repetida frase. Resulta curioso observar que la rigidez de la censura moral de la Inquisición en Lisboa superaba con mucho a la de Castilla, lo que se advierte asimismo en otros episodios del *Quijote*, especialmente los capítulos 16 y 26 de la Primera Parte.

⁴ Vid. *Don Quijote de la Mancha*, edición IV centenario [1947]... enteramente comentada por Clemencín... Madrid, Ed. Castilla, p. 1282.

2. EL CUERPO MUERTO QUE LLEVABAN A SEGOVIA (II,3 y 4)

Esta nota sirve de apéndice y complemento a mi artículo sobre posibles recuerdos de San Juan de la Cruz en el primer *Quijote*, publicado hace un par de años en esta revista ⁵.

En la tercera de mis conclusiones, me unía con nueva argumentación a los estudiosos del *Quijote* que vienen señalando como fuente histórica de la aventura del cuerpo muerto (DQ, I,19) el traslado nocturno y sigiloso de los restos mortales de San Juan de la Cruz desde Úbeda, donde había fallecido de «calenturas pestilentes», hasta Segovia, donde reposan todavía en el convento de su orden carmelitana...

Conmovió el suceso a la opinión en el año 1593, cuando Cervantes andaba por los pueblos de Andalucía en calidad de comisario de la Real Hacienda para recaudar los impuestos de tercias y alcabalas.

Fue el cervantista Fernández de Navarrete el primero que señaló como fuente de inspiración cervantina aquel traslado, lleno de fenómenos maravillosos, que tuvo en tensión durante larga temporada a los numerosos devotos del santo carmelita. Para Navarrete, todas las circunstancias que concurrieron en el controvertido suceso resultan «análogas y uniformes» a las descritas por Cervantes en la citada aventura nocturna de Don Quijote ⁶. Lo cual no obsta, como reconocíamos en nuestro artículo, a la existencia de una fuente literaria para el mismo pasaje (*Palmerín de Inglaterra*, LXXVII). Veíamos aquí otro ejemplo de la armoniosa conjunción de verdad y poesía que trasmina toda la obra inmortal de Cervantes.

El conjunto de mis argumentos se apoyaba en el texto del *Quijote* de 1605. Pero en la presente nota quiero añadir lo que estimo su plena corroboración en la segunda Parte del *Quijote* (1615). Claro está que no pasa de ser una hipótesis sugestiva, que no admite un eminente investigador ⁷.

Uno de los primeros y más originales motivos de la segunda parte del *Quijote* (1615) es la revisión y autocrítica de la primera.

⁵ Cfr. ALBERTO SÁNCHEZ, «Posibles ecos de San Juan de la Cruz en el *Quijote* de 1605», *A.Cer.*, t. XXVIII, Madrid, 1990, pp. 9-21.

⁶ Cfr. M. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (Madrid, 1819). Cito por la edición moderna de la Col. Cisneros, núm. 48 (Madrid, Atlas, 1943). En las pp. 72-75 se cuentan las maravillosas peripecias del famoso traslado y se razona la posibilidad de que Cervantes fuese inspirado por el suceso.

⁷ Vid. *Don Quijote de la Mancha*, I. Edición, estudio y notas de Juan Bautista Avallé-Arce. Madrid, Ed. Alhambra, 1979, p. 229.

Un personaje nuevo, el bachiller Sansón Carrasco, es el lector universitario de la historia en su primera aparición y mantiene un sustancioso diálogo (tildado irónicamente de «ridículo razonamiento» por el historiador) con Don Quijote y Sancho Panza, acerca del contenido y peculiar composición de la obra (II,3 y 4).

Para nuestro propósito de hoy, nos interesa primordialmente la relectura de las «hazañas más ponderadas» del caballero en el libro de 1605, según el mismo bachiller, que pretende reflejar la opinión general. Menciona seis aventuras sin seguir el orden cronológico de su aparición: en cuarto lugar «encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia», seguida de la «libertad de los galeotes», omitiendo las dos intermedias (II,3). Lo curioso es que al comienzo del capítulo siguiente (II,4) se vuelven a mencionar juntas las dos aventuras, solo que ahora cambiando el orden:

«... la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, después de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban a Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura...» (II,4)

Vicente Gaos, en su benemérita edición que nos ha servido de guía, anota con estricta puntualidad lo referente a la alteración en el orden de las aventuras evocadas: «Sancho no refiere las aventuras en el orden en que sucedieron: la del cuerpo muerto se contó en el cap. 19, y la de los galeotes, única causa de que se adentraran en la Sierra para huir de la Santa Hermandad, en el 22, quedando en medio la de los batanes, cap. 20, y la del yelmo de Mambrino, cap. 21»⁸. Ninguna de las otras ediciones del *Quijote* consultadas por mí se detiene en este pormenor.

Ahora bien, en mi opinión no importa tanto el orden de las aventuras citadas en los dos capítulos —puesto que no se trata de una *enumeración* sino de una *selección*— como la ocurrencia de repetir en los dos casos tan próximos la particularidad de llevar el cuerpo muerto precisamente a la ciudad de Segovia: el «muerto que llevaban a enterrar a Segovia» (II,3) y el «difunto que llevaban a Segovia» (II,4). Además, en el segundo caso se le agrega a una aventura no consecutiva y única incitadora de la huida a Sierra Morena para escapar a los cuadrilleros de la Santa Hermandad. Es decir, que la segunda mención es gratuita y superflua en pura economía narrativa.

⁸ Vid. *Don Quijote de la Mancha*, edición crítica de Vicente Gaos, mencionada en la anterior nota 3, t. II, pp. 74-75, nota 9b.

¿Por qué esa insistencia en recordar un detalle circunstancial no mencionado en la titulación del capítulo 19 del *Quijote* de 1605? Para mí, la respuesta es bastante clara: el autor, preocupado por un suceso histórico que tanto revuelo alcanzó en la Andalucía de sus andanzas alcabaleras, ha querido llevar conscientemente al lector hacia el ambiente de misterioso secreto que envolvió el traslado de un cuerpo glorioso en santidad y poesía.

Por tanto, creo que esta dúplice mención de la aventura en la segunda parte del *Quijote* viene a dar solidez de evidencia a una hipótesis casi bicentenaria.

ALBERTO SÁNCHEZ